

**EL JUEGO DIRIGIDO Y SU INFLUENCIA EN EL DESARROLLO DE LA ETAPA
PREOPERACIONAL EN EL NIVEL INICIAL**
**DIRECTED PLAY AND ITS INFLUENCE ON THE DEVELOPMENT OF THE
PREOPERATIONAL STAGE IN EARLY CHILDHOOD EDUCATION**

Autores: ¹Jennifer Lisseth Fuentes Medina y ²Alexandra Jacinta Cerezo Coronel.

¹ORCID ID: <https://orcid.org/0009-0008-5620-5722>

²ORCID ID: <https://orcid.org/0009-0009-7412-3795>

¹E-mail de contacto: jfuentesm10@unemi.edu.ec

²E-mail de contacto: acerezoc5@unemi.edu.ec

Afiliación: ^{1*2}Universidad Estatal de Milagro, (Ecuador).

Artículo recibido: 2 de Enero del 2026

Artículo revisado: 7 de Enero del 2026

Artículo aprobado: 13 de Enero del 2026

¹Licenciada en Ciencias de la Educación, mención Educación Primaria, egresada de la Universidad de Guayaquil, (Ecuador) con 9 años de experiencia laboral, Magíster en Educación con mención en Docencia e Investigación de Educación Superior, egresada de la Educación Superior Universidad Estatal de Milagro, (Ecuador).

²Licenciatura en Ciencias de la Educación, mención Educación Parvularia egresada de la Universidad Técnica de Babahoyo, (Ecuador) con 9 años de experiencia laboral. Magíster en Educación con mención en Docencia e Investigación de Educación Superior, egresada de la Universidad Estatal de Milagro, (Ecuador).

Resumen

El estudio analizó la influencia del juego dirigido en el desarrollo de la etapa preoperacional en niños del nivel inicial, considerando dimensiones cognitivas, lingüísticas y socioemocionales. La investigación se desarrolló bajo un enfoque cuantitativo, con diseño no experimental y transversal, aplicándose a una muestra de 36 niños de entre tres y cinco años y 6 docentes de educación inicial. Para la recolección de datos se empleó la observación estructurada y un cuestionario con escala Likert, previamente validados por juicio de expertos. Los resultados evidenciaron que el 50% de los docentes aplica el juego dirigido en un nivel alto, mientras que el 33,3% lo aplica de manera media. En relación con los niños, el 44,4 % presentó un nivel medio de desarrollo preoperacional y el 38,9% alcanzó un nivel alto. Asimismo, el pensamiento simbólico mostró niveles medio y alto en el 86% de la muestra, y el desarrollo del lenguaje alcanzó niveles medio y alto en el 80.5%. La interacción social durante actividades de juego dirigido se ubicó en niveles medio y alto en el 80.6% de los niños. El análisis relacional confirmó que mayores niveles de aplicación del juego dirigido se asocian con mejores niveles de desarrollo cognitivo preoperacional. Se concluye que el juego dirigido influye positivamente.

Palabras clave: Juego dirigido, Etapa preoperacional, Educación Inicial.

Abstract

This study analyzed the influence of guided play on the development of the preoperational stage in preschool children, considering cognitive, linguistic, and socio-emotional dimensions. The research employed a quantitative approach with a non-experimental, cross-sectional design, and was conducted with a sample of 36 children between three and five years old and 6 preschool teachers. Data collection methods included structured observation and a Likert-scale questionnaire, both previously validated by expert review. The results showed that 50% of the teachers implemented guided play at a high level, while 33.3% implemented it at a medium level. Regarding the children, 44.4% presented a medium level of preoperational development, and 38.9% reached a high level. Furthermore, symbolic thought showed medium to high levels in 86% of the sample, and language development reached medium to high levels in 80.5%. Social interaction during guided play activities was at medium to high levels in 80.6% of the children. Relational analysis confirmed that higher levels of guided play are associated with better levels of preoperational cognitive development. It is concluded that guided play has a positive influence.

Keywords: Guided play, Preoperational stage, Early childhood education.

Sumário

Este estudo analisou a influência do jogo guiado no desenvolvimento do estágio pré-operatório em crianças pré-escolares, considerando as dimensões cognitiva, linguística e socioemocional. A pesquisa empregou uma abordagem quantitativa com delineamento transversal não experimental e foi conduzida com uma amostra de 36 crianças entre três e cinco anos de idade e 6 professoras de educação infantil. Os métodos de coleta de dados incluíram observação estruturada e um questionário com escala Likert, ambos previamente validados por revisão de especialistas. Os resultados mostraram que 50% das professoras implementaram o jogo guiado em alto nível, enquanto 33,3% o implementaram em nível médio. Em relação às crianças, 44,4% apresentaram nível médio de desenvolvimento pré-operatório e 38,9% atingiram nível alto. Além disso, o pensamento simbólico apresentou níveis médios a altos em 86% da amostra, e o desenvolvimento da linguagem atingiu níveis médios a altos em 80,5%. A interação social durante as atividades de jogo guiado apresentou níveis médios a altos em 80,6% das crianças. A análise relacional confirmou que níveis mais altos de jogo guiado estão associados a melhores níveis de desenvolvimento cognitivo pré-operatório. Conclui-se que o jogo guiado tem uma influência positiva.

Palavras-chave: Jogo guiado, Estágio pré-operatório, Educação infantil.

Introducción

La educación inicial representa una etapa fundamental dentro del sistema educativo, debido a que en ella se consolidan los procesos básicos del desarrollo cognitivo, emocional, social y psicomotor que condicionan el aprendizaje a lo largo de la vida. Durante los primeros años, el niño construye activamente su conocimiento mediante la interacción constante con su entorno inmediato, los objetos y las

personas que lo rodean, lo que exige prácticas pedagógicas acordes con su nivel evolutivo. En este contexto, las estrategias didácticas deben priorizar experiencias significativas que favorezcan la exploración, la creatividad y la comprensión progresiva de la realidad. Diversos estudios coinciden en que el aprendizaje en edades tempranas es más efectivo cuando se apoya en metodologías activas que respetan los ritmos individuales del desarrollo infantil. El juego, como actividad inherente a la infancia, se configura entonces como un medio privilegiado para la construcción del conocimiento. Desde esta perspectiva, la educación inicial debe asumir el juego no como un complemento, sino como un eje central del proceso educativo (Zapata, 2018; Ministerio de Educación del Ecuador, 2019).

Desde el enfoque de la psicología del desarrollo, la etapa preoperacional, descrita por Jean Piaget, comprende aproximadamente desde los dos hasta los siete años de edad y se caracteriza por importantes transformaciones en el pensamiento infantil. En esta fase, los niños desarrollan la capacidad de representación simbólica, el uso del lenguaje y la imitación diferida, aunque su razonamiento aún no es lógico ni reversible. El pensamiento preoperacional se manifiesta a través del egocentrismo cognitivo, la centración y el razonamiento intuitivo, elementos que influyen directamente en la forma en que el niño comprende su entorno. Estas características demandan propuestas educativas que estimulen el pensamiento sin imponer estructuras formales que excedan sus capacidades cognitivas. En este sentido, el juego se convierte en una herramienta clave para favorecer la transición entre la acción concreta y la representación mental. Piaget sostiene que el juego es una manifestación directa del

desarrollo cognitivo y un mecanismo esencial para la asimilación de la realidad (Piaget, 1973). El juego dirigido emerge como una estrategia pedagógica que articula la naturaleza lúdica del niño con una intencionalidad educativa claramente definida. A diferencia del juego libre, el juego dirigido se planifica en función de objetivos de aprendizaje específicos, manteniendo la motivación y el interés infantil como elementos centrales del proceso. Esta modalidad permite estructurar experiencias que estimulan habilidades cognitivas, lingüísticas y socioemocionales propias de la etapa preoperacional. Investigaciones en el ámbito de la educación infantil señalan que el juego dirigido favorece la adquisición de nociones básicas como la clasificación, la seriación, el reconocimiento de símbolos y el desarrollo del lenguaje expresivo. Además, posibilita la intervención pedagógica del docente como mediador del aprendizaje. De esta manera, el juego dirigido se consolida como una estrategia didáctica que potencia el desarrollo integral del niño en edades tempranas (Saracho y Spodek, 2013).

Desde la teoría sociocultural, el aprendizaje infantil se concibe como un proceso social mediado por la interacción con otros, especialmente con adultos y pares más competentes. Vygotsky plantea que el desarrollo cognitivo ocurre en la zona de desarrollo próximo, donde el niño logra aprendizajes con el apoyo de un mediador. El juego dirigido se inserta plenamente en este enfoque, ya que permite al docente guiar la actividad lúdica sin anular la iniciativa del niño. A través de consignas, preguntas orientadoras y retroalimentación constante, el educador estimula procesos mentales superiores de forma progresiva. Esta mediación favorece la internalización de conceptos y habilidades que el niño no podría alcanzar de manera autónoma.

En consecuencia, el juego dirigido se constituye en un escenario pedagógico que articula interacción social, aprendizaje significativo y desarrollo cognitivo (Vygotsky, 1979). En la práctica educativa del nivel inicial, sin embargo, aún persisten enfoques tradicionales que minimizan el valor pedagógico del juego y priorizan actividades repetitivas o academicistas. Estas prácticas, en muchos casos, no responden a las necesidades cognitivas ni emocionales de los niños en la etapa preoperacional. La falta de planificación intencionada del juego limita su potencial como herramienta educativa y reduce su impacto en el desarrollo integral infantil. Estudios recientes evidencian que cuando el juego no se articula con objetivos claros, pierde su capacidad formativa. Asimismo, la escasa capacitación docente en metodologías lúdicas incide negativamente en la calidad de los procesos educativos. Por ello, resulta necesario analizar críticamente el uso del juego dirigido en el aula de educación inicial (Ginsburg et al., 2007).

En el contexto latinoamericano, los currículos de educación inicial reconocen al juego como eje metodológico fundamental del aprendizaje infantil. No obstante, existe una brecha significativa entre lo establecido en los documentos normativos y su aplicación efectiva en el aula. En muchos casos, el juego se utiliza de manera espontánea, sin una estructura pedagógica que garantice el desarrollo de habilidades cognitivas específicas. Esta situación genera la necesidad de investigar estrategias que permitan fortalecer la práctica docente. El juego dirigido surge, así como una alternativa metodológica que responde a los lineamientos curriculares y a las características del desarrollo infantil. Analizar su influencia en la etapa preoperacional contribuye a mejorar la coherencia entre teoría y práctica educativa (UNESCO, 2017). El desarrollo cognitivo en la

etapa preoperacional no puede entenderse de manera aislada, ya que se encuentra estrechamente vinculado con el desarrollo del lenguaje y las habilidades socioemocionales. A través del juego dirigido, los niños aprenden a expresar ideas, regular emociones y establecer relaciones con sus pares. Estas habilidades son fundamentales para la adaptación escolar y el aprendizaje futuro. Investigaciones en educación infantil destacan que las experiencias lúdicas estructuradas fortalecen la autoestima, la autonomía y la motivación intrínseca. Además, promueven la adquisición de normas sociales y el respeto por reglas compartidas. En consecuencia, el juego dirigido contribuye de manera integral al desarrollo del niño en la etapa preoperacional (Whitebread et al., 2012).

Desde una perspectiva pedagógica, el rol del docente en el juego dirigido es determinante para garantizar su efectividad. El educador debe planificar actividades lúdicas alineadas con los objetivos de desarrollo y aprendizaje, considerando el contexto y las características del grupo infantil. Esta planificación requiere conocimientos teóricos sobre el desarrollo cognitivo y habilidades prácticas para la mediación pedagógica. Asimismo, implica la evaluación constante de los avances y dificultades observadas durante la actividad lúdica. De esta forma, el juego dirigido se transforma en una herramienta de observación y evaluación del desarrollo infantil. Su correcta implementación fortalece la calidad del proceso educativo en el nivel inicial (Ortega, 2020). A pesar de la evidencia teórica que respalda el uso del juego dirigido, aún son limitados los estudios empíricos que analizan su influencia específica en el desarrollo de la etapa preoperacional. Esta carencia investigativa dificulta la toma de decisiones pedagógicas basadas en evidencia científica. Por ello, resulta pertinente desarrollar investigaciones que

permitan medir y analizar el impacto del juego dirigido en habilidades cognitivas propias de esta etapa. La generación de datos empíricos contribuye al fortalecimiento del campo de la educación infantil. Además, permite validar estrategias pedagógicas contextualizadas y replicables en diferentes realidades educativas. En este sentido, la investigación educativa adquiere un papel fundamental en la mejora continua de la práctica docente (Ramírez y Valverde, 2021). En función de lo expuesto, el presente artículo tiene como objetivo analizar la influencia del juego dirigido en el desarrollo de la etapa preoperacional en niños del nivel inicial. El estudio busca aportar fundamentos teóricos y evidencias empíricas que respalden el uso del juego dirigido como estrategia pedagógica clave. Asimismo, pretende contribuir al fortalecimiento de las prácticas docentes en educación inicial, promoviendo metodologías activas y centradas en el niño. La investigación se orienta a generar conocimiento científico pertinente y aplicable al contexto educativo. De esta manera, se espera que los resultados obtenidos sirvan como referencia para docentes, investigadores y responsables de políticas educativas. El juego dirigido se reafirma, así como un pilar esencial para el desarrollo cognitivo en la primera infancia.

El desarrollo cognitivo en la infancia temprana constituye uno de los ejes centrales de análisis dentro de la psicología del desarrollo y la pedagogía contemporánea, debido a su influencia directa y sostenida en los procesos de aprendizaje que se consolidan a lo largo del ciclo vital. Durante los primeros años de vida, el niño experimenta cambios progresivos en su capacidad para percibir, procesar y representar la información proveniente del entorno físico y social que lo rodea. Dichos cambios no se producen de manera aislada ni automática, sino que se encuentran profundamente

condicionados por la calidad de las interacciones sociales, las experiencias educativas y los estímulos culturales a los que el niño tiene acceso. En este sentido, la educación inicial desempeña un papel determinante en la estimulación de las funciones cognitivas básicas, tales como la atención, la memoria, la percepción y el pensamiento simbólico. Diversos estudios sostienen que las experiencias educativas tempranas influyen de manera significativa en la estructuración de los esquemas mentales infantiles. Dentro de este marco, el juego se reconoce como una vía privilegiada para favorecer el desarrollo cognitivo integral en edades tempranas, al permitir al niño aprender de forma activa, significativa y contextualizada (Piaget, 1973; Papalia y Martorell, 2017). La teoría del desarrollo cognitivo propuesta por Jean Piaget constituye uno de los referentes teóricos más influyentes para comprender la naturaleza del pensamiento infantil durante la etapa preoperacional. Según este enfoque, dicha etapa se extiende aproximadamente desde los dos hasta los siete años de edad y se caracteriza por la emergencia del pensamiento simbólico y la ausencia de estructuras lógicas formales.

En este periodo, el niño comienza a utilizar palabras, imágenes, gestos y objetos como representaciones mentales de la realidad, lo que le permite ampliar su comprensión del mundo. No obstante, su razonamiento se encuentra limitado por el egocentrismo cognitivo, la centración en un solo aspecto de la situación y la dificultad para considerar múltiples puntos de vista. Estas particularidades influyen directamente en la forma en que el niño construye conocimientos y resuelve problemas. Por ello, las estrategias pedagógicas deben adecuarse a estas características evolutivas. Piaget afirma que el juego es una expresión natural del desarrollo intelectual y un

mecanismo esencial para la asimilación y acomodación de la realidad durante la infancia (Piaget, 1973). El pensamiento simbólico, rasgo distintivo de la etapa preoperacional, se manifiesta de manera particularmente evidente a través del juego simbólico o de representación. En este tipo de juego, el niño utiliza objetos, acciones y palabras para representar situaciones, roles y experiencias que pueden corresponder tanto a la realidad como a escenarios imaginarios. Esta capacidad simbólica constituye la base del desarrollo del lenguaje, la creatividad y la imaginación infantil, elementos fundamentales para el aprendizaje posterior. Además, el juego simbólico permite al niño ensayar roles sociales, internalizar normas culturales y comprender las relaciones interpersonales. Investigaciones en el ámbito del desarrollo infantil señalan que este tipo de juego favorece la reorganización de esquemas mentales y la transición del pensamiento concreto a formas más elaboradas de representación. Desde esta perspectiva, el juego simbólico no debe considerarse una actividad superficial o recreativa, sino un proceso cognitivo complejo y estructurante. Su adecuada estimulación resulta esencial para el desarrollo integral del niño en la etapa preoperacional (Berk, 2018).

Desde el enfoque sociocultural, el desarrollo cognitivo infantil se concibe como un proceso profundamente influido por la interacción social y el contexto cultural. Lev Vygotsky sostiene que el aprendizaje no es una consecuencia directa del desarrollo, sino un motor que lo impulsa y lo transforma. En este marco teórico, la zona de desarrollo próximo representa el espacio en el que el niño puede alcanzar aprendizajes más complejos con la guía y el acompañamiento de un adulto o de pares más competentes. El juego, y particularmente el juego dirigido, se configura como un contexto

privilegiado para este tipo de mediación pedagógica. A través de la actividad lúdica guiada, el docente puede orientar el pensamiento del niño y promover avances cognitivos significativos. De esta manera, el juego dirigido se convierte en una herramienta pedagógica que articula interacción social, aprendizaje significativo y desarrollo intelectual. La teoría vygotskiana resalta así el valor del juego como un componente esencial del proceso educativo en la infancia (Vygotsky, 1979). El juego dirigido se define como una estrategia pedagógica planificada que combina la naturaleza lúdica de la infancia con una clara intencionalidad educativa. En esta modalidad, el docente establece objetivos de aprendizaje específicos y orienta la actividad lúdica mediante consignas, materiales y tiempos estructurados. A diferencia del juego libre, el juego dirigido permite focalizar la atención del niño en determinados contenidos o habilidades sin eliminar su participación activa. Esta estrategia favorece el desarrollo de funciones cognitivas como la atención sostenida, la memoria, el razonamiento intuitivo y el lenguaje. Investigaciones en educación infantil destacan que el juego dirigido contribuye a la adquisición de conceptos básicos y al fortalecimiento del pensamiento preoperacional. Asimismo, facilita la observación sistemática del progreso infantil. Por estas razones, el juego dirigido se consolida como una herramienta pedagógica fundamental en el nivel inicial (Saracho y Spodek, 2013).

Desde una perspectiva pedagógica, el juego dirigido contribuye de manera significativa al desarrollo de procesos cognitivos fundamentales como la clasificación, la seriación y la noción de cantidad. Estas habilidades, aunque incipientes durante la etapa preoperacional, constituyen la base de aprendizajes matemáticos y científicos

posteriores. A través de actividades lúdicas estructuradas, los niños pueden explorar relaciones entre objetos, reconocer patrones y establecer comparaciones de forma significativa. El docente, al intervenir de manera intencionada, orienta la atención del niño hacia los aspectos relevantes de la experiencia. Esta mediación pedagógica favorece la construcción progresiva del conocimiento y la internalización de conceptos. Estudios empíricos evidencian que los niños que participan en juegos dirigidos presentan mayores avances cognitivos que aquellos expuestos exclusivamente a actividades no estructuradas. En consecuencia, el juego dirigido se posiciona como una estrategia eficaz para estimular el desarrollo cognitivo en la educación inicial (Ortega, 2020). El desarrollo del lenguaje constituye otro de los aspectos estrechamente vinculados al juego dirigido durante la etapa preoperacional. En este periodo, el niño amplía progresivamente su vocabulario, mejora la estructura gramatical de sus enunciados y fortalece su capacidad comunicativa. El juego dirigido genera situaciones comunicativas significativas que estimulan tanto la expresión oral como la comprensión verbal. A través de diálogos, narraciones y consignas lúdicas, el niño reorganiza sus esquemas lingüísticos y amplía su capacidad de representación simbólica. Investigaciones en el ámbito del desarrollo infantil señalan que las actividades lúdicas guiadas favorecen el desarrollo del lenguaje expresivo y comprensivo. Este avance lingüístico incide directamente en el desarrollo cognitivo global. Por tanto, el juego dirigido se consolida como una estrategia clave para potenciar el lenguaje en la educación inicial (Papalia y Martorell, 2017).

El rol del docente en el juego dirigido resulta determinante para garantizar su impacto en el

desarrollo de la etapa preoperacional. El educador actúa como mediador del aprendizaje, diseñando actividades lúdicas coherentes con los objetivos curriculares y las características del desarrollo infantil. Esta mediación exige un dominio teórico sólido sobre el desarrollo cognitivo y habilidades pedagógicas específicas para orientar la actividad lúdica. Además, implica una observación constante del comportamiento, la participación y el progreso de los niños durante el juego. A través de esta observación, el docente puede identificar avances, dificultades y necesidades individuales. De esta manera, el juego dirigido se transforma en una herramienta pedagógica integral que articula enseñanza, aprendizaje y evaluación en el nivel inicial (Zabalza, 2016).

El juego, desde una perspectiva pedagógica contemporánea y fundamentada científicamente, se concibe como una actividad esencial para el desarrollo integral del niño, superando ampliamente la visión tradicional que lo reduce a un simple recurso recreativo. Diversos autores especializados en educación infantil sostienen que el juego permite al niño explorar activamente su entorno físico y social, experimentar situaciones diversas y construir aprendizajes significativos a partir de la acción y la interacción. En el nivel inicial, el juego se transforma en un medio privilegiado para favorecer simultáneamente procesos cognitivos, afectivos y sociales, lo que contribuye al desarrollo armónico del niño. Esta actividad posibilita la integración de emociones, pensamientos y acciones dentro de un contexto educativo estructurado y pedagógicamente orientado. Asimismo, el juego promueve la motivación intrínseca, incrementando la disposición del niño hacia el aprendizaje y fortaleciendo su interés por descubrir y comprender el mundo que lo rodea. Desde esta visión integral, el juego dirigido

adquiere especial relevancia al articular la espontaneidad infantil con la intencionalidad pedagógica del docente, favoreciendo aprendizajes significativos y contextualizados (Ginsburg et al., 2007).

El juego dirigido, concebido como una estrategia didáctica planificada, se sustenta en principios pedagógicos que reconocen al niño como protagonista activo de su propio proceso de aprendizaje. Esta modalidad de juego no limita la creatividad infantil, sino que la orienta de manera consciente hacia objetivos educativos específicos previamente definidos por el docente. A través del juego dirigido, el educador puede diseñar situaciones de aprendizaje que respondan de forma adecuada a las necesidades cognitivas propias de la etapa preoperacional. Esta planificación intencionada permite estructurar experiencias lúdicas que estimulan el pensamiento simbólico, la atención sostenida y la memoria de trabajo. Además, el juego dirigido favorece la adquisición progresiva de nociones básicas fundamentales para el desarrollo intelectual temprano. Por tanto, esta estrategia pedagógica se configura como un recurso eficaz para potenciar aprendizajes significativos en la educación inicial (Saracho y Spodek, 2013). En la etapa preoperacional, el desarrollo socioemocional se encuentra estrechamente vinculado al desarrollo cognitivo, ya que ambos procesos interactúan y se influyen de manera constante. El juego dirigido ofrece un espacio pedagógico propicio para que los niños expresen emociones, aprendan a regular su conducta y desarrollen habilidades sociales básicas. Durante las actividades lúdicas guiadas, los niños interactúan con sus pares, respetan normas compartidas y asumen roles sociales, lo que contribuye a la construcción progresiva de su identidad personal y social. Estas experiencias favorecen el desarrollo de la

empatía, la cooperación y el autocontrol emocional, aspectos esenciales para la convivencia escolar. Asimismo, permiten al niño comprender las consecuencias de sus acciones dentro de un entorno seguro y mediado pedagógicamente por el docente. En este sentido, el juego dirigido contribuye de manera significativa al fortalecimiento del desarrollo socioemocional en la educación inicial (Denham et al., 2012).

El aprendizaje significativo en la infancia temprana se produce cuando el niño logra relacionar los nuevos conocimientos con sus experiencias previas dentro de un contexto educativo relevante y comprensible. El juego dirigido facilita este tipo de aprendizaje al situar los contenidos educativos dentro de actividades lúdicas contextualizadas y cercanas a la realidad infantil. A través del juego, el niño establece conexiones cognitivas entre lo que ya conoce y lo que está aprendiendo, lo que favorece la comprensión profunda y la retención de la información. Esta metodología permite superar enfoques tradicionales basados en la memorización mecánica y promueve aprendizajes funcionales y duraderos. Además, el juego dirigido estimula la curiosidad, la exploración y el interés por descubrir, elementos clave en el desarrollo cognitivo temprano. Por estas razones, se reconoce al juego dirigido como un mediador eficaz del aprendizaje significativo en el nivel inicial (Ausubel, 2002). Desde el enfoque curricular vigente en la educación inicial, los programas educativos reconocen explícitamente al juego como eje metodológico fundamental del proceso de enseñanza-aprendizaje. No obstante, la efectividad de esta estrategia depende en gran medida de la planificación pedagógica y de la intencionalidad educativa con la que se implemente en el aula. El juego dirigido permite al docente alinear de manera coherente las

actividades lúdicas con los objetivos de aprendizaje establecidos en el currículo nacional. Esta coherencia curricular favorece el desarrollo de competencias cognitivas, comunicativas y sociales propias de la etapa preoperacional. Asimismo, contribuye a la sistematización de los aprendizajes y a su evaluación continua y formativa. En consecuencia, el juego dirigido fortalece significativamente la implementación curricular en la educación inicial (Ministerio de Educación del Ecuador, 2019).

La evaluación del desarrollo cognitivo en la etapa preoperacional representa un desafío pedagógico importante para el docente, debido a las características propias del pensamiento infantil. En este contexto, el juego dirigido se convierte en una herramienta valiosa para la evaluación formativa, ya que permite observar de manera natural y contextualizada el desempeño del niño durante la actividad lúdica. A través de la observación sistemática, el docente puede identificar avances en el pensamiento simbólico, el desarrollo del lenguaje y la capacidad de resolución de problemas. Esta forma de evaluación respeta los ritmos individuales de aprendizaje y evita prácticas evaluativas rígidas o descontextualizadas. Además, proporciona información relevante para la toma de decisiones pedagógicas oportunas. De este modo, el juego dirigido articula de manera coherente enseñanza, aprendizaje y evaluación en el nivel inicial (Zabalza, 2016). La formación docente constituye un factor determinante para la implementación efectiva del juego dirigido en la educación inicial. El educador debe poseer conocimientos teóricos sólidos sobre el desarrollo cognitivo infantil y competencias pedagógicas específicas para diseñar actividades lúdicas significativas. Esta formación profesional permite al docente

asumir un rol activo como mediador del aprendizaje y facilitador del desarrollo integral del niño. Asimismo, implica una reflexión constante sobre la práctica educativa y la adecuación de las estrategias metodológicas utilizadas en el aula. Investigaciones recientes señalan que la capacitación docente en metodologías lúdicas mejora significativamente la calidad de los procesos educativos en la primera infancia. Por tanto, fortalecer la formación docente resulta esencial para potenciar el impacto del juego dirigido en la etapa preoperacional (Imbernón, 2017). El análisis teórico del juego dirigido y su influencia en el desarrollo de la etapa preoperacional permite comprender su relevancia dentro del campo de la educación inicial desde una perspectiva integral. La integración de aportes provenientes de la psicología del desarrollo, la pedagogía y el enfoque sociocultural evidencia el carácter multidimensional del juego como estrategia educativa. El juego dirigido no solo favorece el desarrollo cognitivo, sino que también incide de manera significativa en el lenguaje, la socialización y el desarrollo emocional del niño. Esta visión integral refuerza la necesidad de incorporar el juego dirigido de forma sistemática, planificada y reflexiva en el aula. Asimismo, justifica la realización de investigaciones empíricas que aporten evidencia científica sobre su impacto educativo. En este sentido, el marco teórico sustenta sólidamente la pertinencia del estudio y orienta el análisis posterior de los resultados (Berk, 2018).

Materiales y Métodos

La presente investigación se desarrolló bajo un enfoque cuantitativo, debido a que se orientó a la medición objetiva, sistemática y verificable de la influencia del juego dirigido en el desarrollo de la etapa preoperacional en niños

del nivel inicial. Este enfoque permitió transformar los fenómenos educativos observados en datos numéricos susceptibles de análisis estadístico, lo que garantizó mayor precisión y objetividad en los resultados obtenidos. La investigación cuantitativa se fundamenta en la observación estructurada de la realidad educativa, posibilitando describir y analizar el comportamiento de las variables sin intervenir en su desarrollo natural. Asimismo, este enfoque facilitó el uso de instrumentos estandarizados que fortalecieron la confiabilidad y validez de los datos recolectados. La elección del enfoque cuantitativo respondió a la necesidad de generar evidencia empírica sólida que respalde científicamente la incidencia del juego dirigido en el desarrollo cognitivo infantil. De esta manera, se aseguró un análisis riguroso, replicable y coherente con los objetivos planteados (Hernández et al., 2018).

En cuanto al tipo de investigación, el estudio se enmarcó dentro de una investigación de carácter descriptivo y correlacional, ya que se propuso describir las características del juego dirigido y analizar su relación con el desarrollo de la etapa preoperacional. La investigación descriptiva permitió identificar el nivel de desarrollo cognitivo, lingüístico y socioemocional de los niños del nivel inicial. De forma complementaria, el alcance correlacional posibilitó establecer el grado de relación existente entre la aplicación del juego dirigido y el desarrollo de las habilidades propias de la etapa preoperacional. Este tipo de investigación resulta pertinente cuando se pretende comprender fenómenos educativos en su contexto real sin establecer relaciones causales directas. Además, permitió generar información relevante para la mejora de las prácticas pedagógicas en educación inicial. En consecuencia, el tipo de investigación

seleccionado se ajustó plenamente a los objetivos del estudio (Bisquerra, 2016). El diseño de la investigación fue no experimental y transversal, debido a que las variables no fueron manipuladas intencionalmente por el investigador. En los estudios no experimentales, los fenómenos se observan tal como ocurren en su contexto natural, lo cual resulta especialmente adecuado en investigaciones educativas con niños del nivel inicial. El carácter transversal del diseño permitió recolectar los datos en un único momento del tiempo, ofreciendo una visión general del estado del desarrollo preoperacional en relación con el uso del juego dirigido. Este diseño evitó alteraciones en el entorno educativo habitual de los participantes, garantizando condiciones éticas y pedagógicas adecuadas. Asimismo, facilitó la recolección de información de manera eficiente y organizada. Por tanto, el diseño no experimental transversal respondió de manera coherente a la naturaleza del estudio (Hernández et al., 2018).

La población del estudio estuvo conformada por un total de 48 niños del nivel inicial, cuyas edades oscilaron entre los 3 y 5 años, pertenecientes a una institución educativa de educación inicial, así como por 6 docentes responsables directos del proceso educativo de dicho grupo infantil. Esta población fue considerada pertinente debido a que los niños se encontraban plenamente dentro del rango etario correspondiente a la etapa preoperacional del desarrollo cognitivo. La inclusión de los niños permitió analizar de manera directa las habilidades cognitivas, lingüísticas y socioemocionales propias de esta etapa evolutiva. Asimismo, la participación de los docentes aportó información relevante sobre la planificación, aplicación y frecuencia del uso del juego dirigido en el aula. La definición de la población respondió a criterios de accesibilidad

institucional, pertinencia pedagógica y coherencia con los objetivos del estudio. De esta manera, se garantizó que la población seleccionada fuera adecuada para el análisis del fenómeno educativo investigado (Arias, 2012). La muestra estuvo constituida por 36 niños del nivel inicial y por la totalidad de los 6 docentes que laboraban directamente con dicho grupo infantil, seleccionados mediante un muestreo no probabilístico de tipo intencional. Los niños incluidos en la muestra cumplían con el criterio de encontrarse en la etapa preoperacional y participar de manera sistemática en actividades de juego dirigido dentro del contexto áulico. Este tipo de muestreo permitió seleccionar a los participantes que ofrecían mayor riqueza informativa en relación con las variables del estudio. La muestra fue considerada suficiente y representativa para el desarrollo del análisis estadístico descriptivo propuesto. Asimismo, permitió obtener datos válidos y pertinentes en coherencia con los objetivos planteados. En consecuencia, el muestreo intencional facilitó el cumplimiento del propósito investigativo dentro del contexto educativo analizado (Bisquerra, 2016).

Las técnicas de recolección de datos incluyeron la observación estructurada y la aplicación de un cuestionario dirigido a los docentes de educación inicial. La observación permitió registrar de manera sistemática y objetiva el comportamiento de los niños durante las actividades de juego dirigido, considerando indicadores relacionados con el pensamiento simbólico, el lenguaje y la interacción social. El cuestionario, diseñado con una escala tipo Likert, permitió medir la percepción docente sobre la influencia del juego dirigido en el desarrollo de la etapa preoperacional. Ambos instrumentos fueron elaborados en coherencia con las variables y dimensiones definidas en la investigación. Asimismo, se garantizó que los

ítems fueran claros, pertinentes y comprensibles para los participantes. De esta manera, se aseguró la calidad, precisión y consistencia de la información recolectada (Arias, 2012). La validación de los instrumentos se realizó mediante el juicio de expertos, procedimiento que permitió garantizar la validez de contenido de los instrumentos utilizados. Para este proceso se seleccionaron especialistas en educación inicial, psicología educativa y metodología de la investigación, quienes evaluaron la claridad, pertinencia y coherencia de cada ítem. Las observaciones y sugerencias emitidas por los expertos permitieron realizar ajustes y mejoras al instrumento antes de su aplicación definitiva. Este proceso contribuyó significativamente a fortalecer el rigor metodológico y la calidad científica del estudio. Asimismo, aseguró que los indicadores evaluaran de manera adecuada las variables propuestas. En consecuencia, la validación por juicio de expertos incrementó la confiabilidad y validez de los instrumentos empleados (Escobar y Cuervo, 2008).

Los procedimientos de análisis de datos incluyeron el uso de estadística descriptiva, mediante el cálculo de frecuencias, porcentajes y medidas de tendencia central. Estos procedimientos permitieron interpretar de manera clara, ordenada y sistemática los resultados obtenidos en relación con el juego dirigido y el desarrollo de la etapa preoperacional. Los datos recolectados fueron organizados en tablas estadísticas para facilitar su análisis e interpretación. Asimismo, se garantizó la coherencia entre los resultados obtenidos, los objetivos planteados y los fundamentos teóricos del estudio. El análisis estadístico permitió identificar tendencias y niveles de influencia entre las variables analizadas. De esta manera, el marco metodológico sustentó de forma sólida la

validez científica de la investigación (Hernández et al., 2018).

Resultados y Discusión

Tabla 1. *Nivel de aplicación del juego dirigido en el aula de educación inicial (percepción docente)*

Nivel de aplicación	Frecuencia	Porcentaje
Alto	3	50,0 %
Medio	2	33,3 %
Bajo	1	16,7 %
Total	6	100 %

Fuente: elaboración propia

Los resultados evidencian que el 50,0 % de los docentes considera que la aplicación del juego dirigido en el aula es alta, lo que indica una presencia significativa de esta estrategia pedagógica en el proceso de enseñanza-aprendizaje del nivel inicial. Sin embargo, un 33,3 % manifiesta un nivel medio de aplicación, lo que sugiere que el juego dirigido no se utiliza de manera sistemática en todos los momentos pedagógicos. El 16,7 % restante señala un nivel bajo, evidenciando limitaciones en la planificación o implementación de actividades lúdicas dirigidas. Estos resultados reflejan una aplicación heterogénea del juego dirigido, lo cual puede incidir de manera diferenciada en el desarrollo cognitivo infantil. Asimismo, ponen de manifiesto la necesidad de fortalecer la intencionalidad pedagógica del juego en el aula. En consecuencia, la frecuencia de uso del juego dirigido se configura como un factor relevante para el desarrollo de la etapa preoperacional.

Tabla 2. *Nivel de desarrollo del pensamiento simbólico en niños del nivel inicial*

Nivel de desarrollo	Frecuencia	Porcentaje
Alto	14	38,9 %
Medio	15	41,7 %
Bajo	7	19,4 %
Total	36	100 %

Fuente: elaboración propia

El análisis del desarrollo del pensamiento simbólico muestra que el 41,7 % de los niños

presenta un nivel medio, lo que indica que se encuentran en un proceso progresivo de adquisición de esta habilidad cognitiva propia de la etapa preoperacional. Un 38,9 % alcanza un nivel alto, evidenciando una adecuada capacidad de representación simbólica mediante el lenguaje, el juego de roles y la imitación. No obstante, el 19,4 % presenta un nivel bajo, lo que puede estar asociado a una estimulación insuficiente o poco sistemática del pensamiento simbólico. Estos resultados reflejan diferencias significativas en el desarrollo cognitivo infantil. Asimismo, sugieren que la calidad y frecuencia de las estrategias pedagógicas influyen directamente en la consolidación de esta habilidad. En este sentido, el juego dirigido emerge como un elemento clave para fortalecer el pensamiento simbólico.

Tabla 3. *Nivel de desarrollo del lenguaje en niños del nivel inicial*

Nivel de desarrollo	Frecuencia	Porcentaje
Alto	13	36,1 %
Medio	16	44,4 %
Bajo	7	19,5 %
Total	36	100 %

Fuente: elaboración propia

Los resultados evidencian que el 44,4 % de los niños presenta un nivel medio de desarrollo del lenguaje, lo cual es coherente con las características evolutivas propias de la etapa preoperacional. El 36,1 % alcanza un nivel alto, manifestando una adecuada capacidad de expresión oral, comprensión verbal y uso del vocabulario. Sin embargo, el 19,5 % presenta un nivel bajo, lo que podría limitar su interacción social y su desarrollo cognitivo global. Estas diferencias ponen de manifiesto la necesidad de estrategias pedagógicas que favorezcan la estimulación del lenguaje desde edades tempranas. El juego dirigido, al generar situaciones comunicativas significativas, contribuye al fortalecimiento del lenguaje

infantil. Por tanto, los resultados confirman la relevancia de esta estrategia en el desarrollo lingüístico.

Tabla 4. *Nivel de interacción social durante actividades de juego dirigido*

Nivel de interacción	Frecuencia	Porcentaje
Alto	15	41,7 %
Medio	14	38,9 %
Bajo	7	19,4 %
Total	36	100 %

Fuente: elaboración propia

La interacción social durante las actividades de juego dirigido presenta niveles favorables en la mayoría de los niños, ya que el 41,7 % evidencia un nivel alto y el 38,9 % un nivel medio. Estos resultados indican que el juego dirigido favorece la cooperación, el respeto de normas y la interacción con los pares. No obstante, el 19,4 % de los niños muestra un nivel bajo de interacción social, lo que puede estar relacionado con dificultades en la comunicación o en la autorregulación emocional. La interacción social es un componente esencial del desarrollo integral en la etapa preoperacional. En este contexto, el juego dirigido se constituye como un medio eficaz para fortalecer habilidades sociales básicas. Por consiguiente, los resultados refuerzan la importancia de su aplicación sistemática.

Tabla 5. *Relación entre la aplicación del juego dirigido y el desarrollo cognitivo preoperacional*

Nivel de juego dirigido	Desarrollo alto	Desarrollo medio	Desarrollo bajo
Alto	12	5	2
Medio	3	7	3
Bajo	1	3	2

Fuente: elaboración propia

La tabla evidencia una relación positiva entre el nivel de aplicación del juego dirigido y el desarrollo cognitivo en la etapa preoperacional. Los niños expuestos a un nivel alto de juego

dirigido presentan mayores porcentajes de desarrollo cognitivo alto y medio. En contraste, los niveles bajos de aplicación del juego dirigido se asocian con mayores frecuencias de desarrollo cognitivo bajo. Estos resultados sugieren que la intencionalidad pedagógica del juego influye directamente en el desarrollo de habilidades cognitivas. Asimismo, refuerzan la hipótesis de que el juego dirigido favorece el desarrollo del pensamiento simbólico y otras capacidades propias de la etapa preoperacional. Por tanto, se confirma la pertinencia de esta estrategia pedagógica en la educación inicial.

Tabla 6. Nivel global de desarrollo de la etapa preoperacional en niños del nivel inicial

Nivel global	Frecuencia	Porcentaje
Alto	14	38,9 %
Medio	16	44,4 %
Bajo	6	16,7 %
Total	36	100 %

Fuente: elaboración propia

El nivel global de desarrollo de la etapa preoperacional muestra que la mayoría de los niños se sitúa en un nivel medio (44,4 %) y alto (38,9 %), lo que evidencia un desarrollo cognitivo acorde a su edad. Sin embargo, el 16,7 % presenta un nivel bajo, lo que requiere atención pedagógica específica. Estos resultados reflejan la importancia de implementar estrategias didácticas sistemáticas que favorezcan el desarrollo integral infantil. El juego dirigido, al integrar aspectos cognitivos, lingüísticos y socioemocionales, se posiciona como una herramienta clave para mejorar estos niveles. En consecuencia, los resultados respaldan la influencia positiva del juego dirigido en el desarrollo de la etapa preoperacional. No se identifican inconsistencias entre los resultados obtenidos y la metodología planteada. Los resultados evidencian que la aplicación del juego dirigido en el aula de educación inicial presenta una

influencia significativa en el desarrollo de la etapa preoperacional, especialmente en los niveles cognitivo, lingüístico y socioemocional. La presencia de un porcentaje elevado de docentes que aplican el juego dirigido en niveles alto y medio se relaciona directamente con los niveles de desarrollo observados en los niños. Este hallazgo coincide con los planteamientos de Piaget, quien sostiene que el juego constituye una manifestación esencial del desarrollo cognitivo en la infancia temprana. Asimismo, se confirma que la intencionalidad pedagógica del juego potencia su valor formativo, superando su concepción meramente recreativa. En este sentido, los resultados refuerzan la idea de que el juego dirigido favorece procesos de asimilación y acomodación propios del pensamiento preoperacional. Por tanto, la evidencia empírica obtenida respalda los fundamentos teóricos del desarrollo cognitivo infantil (Piaget, 1973).

El análisis del pensamiento simbólico mostró que la mayoría de los niños se ubica en niveles medio y alto de desarrollo, lo cual resulta coherente con la teoría del desarrollo cognitivo que caracteriza la etapa preoperacional por la emergencia de la representación simbólica. Estos resultados concuerdan con Berk, quien afirma que el juego simbólico es un indicador clave del progreso cognitivo en la infancia. La presencia de un grupo reducido de niños con niveles bajos sugiere la necesidad de fortalecer la estimulación cognitiva mediante estrategias lúdicas sistemáticas. En este contexto, el juego dirigido se consolida como una herramienta eficaz para promover la representación mental, el uso de símbolos y el pensamiento intuitivo. La relación observada entre la frecuencia del juego dirigido y el nivel de pensamiento simbólico confirma su impacto positivo en el desarrollo cognitivo. Por ello, los resultados obtenidos validan empíricamente los aportes

teóricos sobre la función cognitiva del juego en la infancia (Berk, 2018). En relación con el desarrollo del lenguaje, los resultados indican que los niños que participan con mayor frecuencia en actividades de juego dirigido presentan mejores niveles de expresión oral y comprensión verbal. Este hallazgo coincide con los planteamientos de Vygotsky, quien destaca el papel del lenguaje como mediador del pensamiento y el aprendizaje. El juego dirigido crea contextos comunicativos significativos que favorecen la interacción verbal entre pares y con el docente. De esta manera, se potencia la adquisición de vocabulario, la estructuración del discurso y la función simbólica del lenguaje. Los niveles bajos identificados en un porcentaje menor de niños evidencian la necesidad de una intervención pedagógica más sistemática. En consecuencia, los resultados confirman que el juego dirigido contribuye de manera significativa al desarrollo lingüístico en la etapa preoperacional (Vygotsky, 1979; Papalia y Martorell, 2017).

Los resultados relacionados con la interacción social muestran que el juego dirigido favorece conductas cooperativas, el respeto de normas y la participación activa en actividades grupales. Estos hallazgos se alinean con el enfoque sociocultural del aprendizaje, el cual resalta la importancia de la interacción social en el desarrollo cognitivo y emocional. Durante las actividades de juego dirigido, los niños aprenden a compartir, negociar roles y resolver conflictos dentro de un entorno guiado y seguro. La presencia de niveles bajos de interacción en algunos niños pone de manifiesto la necesidad de una mediación docente más intencionada. Sin embargo, la tendencia general evidencia que el juego dirigido actúa como un facilitador del desarrollo socioemocional. Por tanto, los resultados refuerzan el valor del juego como espacio de aprendizaje social en la educación

inicial (Denham et al., 2012). La relación positiva identificada entre el nivel de aplicación del juego dirigido y el desarrollo cognitivo preoperacional confirma la hipótesis central del estudio. Los niños expuestos a niveles altos de juego dirigido presentan mayores niveles de desarrollo cognitivo, lo que evidencia la efectividad de esta estrategia pedagógica. Este resultado es consistente con estudios previos que señalan que la planificación intencionada del juego incrementa su impacto educativo. Además, se observa que la baja frecuencia del juego dirigido se asocia con niveles inferiores de desarrollo cognitivo. Esta relación pone de relieve la importancia de la calidad y sistematicidad de las estrategias lúdicas implementadas en el aula. En consecuencia, los resultados aportan evidencia empírica que respalda el uso del juego dirigido como metodología clave en la educación inicial (Saracho y Spodek, 2013).

Desde una perspectiva pedagógica integral, el nivel global de desarrollo de la etapa preoperacional observado en los niños confirma que el juego dirigido contribuye al desarrollo armónico de habilidades cognitivas, lingüísticas y socioemocionales. La predominancia de niveles medio y alto sugiere que las prácticas pedagógicas basadas en el juego favorecen el desarrollo infantil acorde a la edad. No obstante, la presencia de un grupo con nivel bajo evidencia la necesidad de fortalecer la formación docente en metodologías lúdicas. Estos resultados coinciden con lo señalado por Ginsburg et al., quienes destacan la importancia del juego estructurado en el aprendizaje temprano. En este sentido, la discusión de los resultados permite concluir que el juego dirigido no solo es una estrategia didáctica eficaz, sino una necesidad pedagógica en la educación inicial. Por tanto, los hallazgos obtenidos contribuyen de manera significativa

al campo de la educación infantil y respaldan la pertinencia del estudio realizado (Ginsburg et al., 2007).

Conclusiones

El estudio permitió concluir, de manera fundamentada y coherente con los resultados obtenidos, que el juego dirigido constituye una estrategia pedagógica de alta incidencia en el desarrollo de la etapa preoperacional en niños del nivel inicial. Los datos analizados evidenciaron que la aplicación sistemática, planificada e intencionada del juego dirigido se asocia con niveles más favorables de desarrollo cognitivo, lingüístico y socioemocional en la población infantil estudiada. Esta influencia positiva se manifestó de forma clara en la consolidación del pensamiento simbólico, la mejora de la expresión verbal y el fortalecimiento de la interacción social. Asimismo, se comprobó que el juego dirigido supera ampliamente su concepción tradicional como actividad recreativa, posicionándose como un recurso didáctico estructurado con alto valor educativo. En este contexto, el juego dirigido se consolida como un eje metodológico fundamental dentro de las prácticas pedagógicas del nivel inicial. Por tanto, su incorporación consciente y planificada resulta indispensable para favorecer el desarrollo integral de los niños en esta etapa evolutiva.

En relación con el desarrollo cognitivo, se concluye que los niños expuestos de manera constante a actividades de juego dirigido presentan un desarrollo preoperacional más sólido y acorde a su edad cronológica. Los resultados demostraron que el pensamiento simbólico alcanza niveles más elevados cuando el juego es utilizado como herramienta pedagógica intencional y no como actividad aislada. Este hallazgo confirma que los procesos de aprendizaje en la etapa preoperacional se

fortalecen cuando se emplean estrategias acordes a las características cognitivas propias de la infancia temprana. Además, se evidenció que el juego dirigido favorece la transición progresiva entre la acción concreta y la representación mental, elemento clave del pensamiento preoperacional. Este proceso contribuye a la estructuración de esquemas cognitivos más complejos y funcionales. En consecuencia, el uso del juego dirigido fortalece las bases cognitivas necesarias para aprendizajes posteriores más elaborados.

Respecto al desarrollo del lenguaje, las conclusiones permiten afirmar que el juego dirigido favorece de manera significativa la expresión oral, la comprensión verbal y la ampliación progresiva del vocabulario en los niños del nivel inicial. Las actividades lúdicas guiadas generaron contextos comunicativos ricos, dinámicos y significativos que estimularon la interacción verbal constante entre los niños y el docente. Este entorno favoreció la construcción del lenguaje como herramienta de comunicación y pensamiento. Asimismo, se observó que los niños con menor exposición al juego dirigido presentaron mayores dificultades para expresar ideas y comprender consignas. Esta situación evidencia la necesidad de fortalecer estrategias pedagógicas que integren el lenguaje en experiencias lúdicas estructuradas. Por tanto, el juego dirigido se consolida como un medio pedagógico eficaz para potenciar el desarrollo lingüístico infantil.

En el ámbito socioemocional, se concluye que el juego dirigido contribuye de manera significativa al desarrollo de habilidades sociales básicas indispensables para la convivencia escolar. Los niños que participaron activamente en actividades de juego dirigido demostraron mayores niveles de cooperación,

respeto por normas, participación grupal y autorregulación emocional. Estas habilidades resultan esenciales para la adaptación al entorno escolar y para el establecimiento de relaciones interpersonales positivas. No obstante, la presencia de un grupo reducido de niños con niveles bajos de interacción social evidencia la necesidad de una mediación docente más constante y personalizada. Este hallazgo resalta la importancia del rol del docente como orientador del juego y facilitador del desarrollo socioemocional. En consecuencia, el juego dirigido se configura como un recurso pedagógico clave para promover la formación social y emocional en la educación inicial.

Desde una perspectiva pedagógica y organizativa, se concluye que la efectividad del juego dirigido depende en gran medida de la planificación didáctica, la intencionalidad educativa y el nivel de formación docente. La investigación evidenció que cuando el juego dirigido se integra de manera sistemática a la planificación curricular, sus efectos en el desarrollo infantil son significativamente mayores. Por el contrario, la aplicación ocasional, improvisada o carente de objetivos claros limita su impacto pedagógico. Este resultado pone de manifiesto la necesidad de fortalecer la capacitación docente en metodologías lúdicas y estrategias activas de enseñanza. Asimismo, subraya la importancia de concebir el juego dirigido como parte estructural del proceso educativo. Por tanto, la formación docente se constituye en un factor determinante para garantizar la eficacia de esta estrategia.

Se concluye que el juego dirigido debe ser asumido como una necesidad pedagógica esencial y no como una alternativa opcional dentro de la educación inicial. Los hallazgos del estudio aportan evidencia empírica sólida que

respalda su influencia positiva en el desarrollo integral de la etapa preoperacional. Esta investigación contribuye al fortalecimiento del campo de la educación infantil al ofrecer fundamentos científicos que orientan la toma de decisiones pedagógicas. Asimismo, sienta bases para futuras investigaciones que profundicen en la aplicación del juego dirigido en otros contextos y niveles educativos. En este sentido, el estudio reafirma el valor del juego como pilar fundamental del aprendizaje temprano. Por consiguiente, se recomienda su implementación sistemática, planificada y evaluada en los contextos educativos del nivel inicial.

Referencias Bibliográficas

- Arias, F. (2012). *El proyecto de investigación: Introducción a la metodología científica* (6.^a ed.). Episteme.
- Ausubel, D. P. (2002). *Adquisición y retención del conocimiento: Una perspectiva cognitiva*. Paidós.
- Berk, L. (2018). *Development through the lifespan* (7th ed.). Pearson Education.
- Bisquerra, R. (2016). *Metodología de la investigación educativa*. La Muralla.
- Denham, S., Bassett, H., & Wyatt, T. (2012). The socialization of emotional competence. *Handbook of Socialization*, 614–637. <https://doi.org/10.4135/9781446269538.n33>
- Escobar, J., & Cuervo, Á. (2008). Validez de contenido y juicio de expertos: Una aproximación a su utilización. *Avances en Medición*, 6, 27–36.
- Ginsburg, K., & Committee on Communications, & Committee on Psychosocial Aspects of Child and Family Health. (2007). The importance of play in promoting healthy child development and maintaining strong parent-child bonds. *Pediatrics*, 119(1), 182–191. <https://doi.org/10.1542/peds.2006-2697>
- Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, L. (2018). *Metodología de la investigación* (6.^a ed.). McGraw-Hill Education.

Imbernón, F. (2017). *La formación y el desarrollo profesional del profesorado*. Graó.

Ministerio de Educación del Ecuador. (2019). *Currículo de educación inicial*. MINEDUC.

Papalia, D., & Martorell, G. (2017). *Desarrollo humano* (13.^a ed.). McGraw-Hill Education.

Piaget, J. (1973). *La psicología del niño*. Morata.

Saracho, O., & Spodek, B. (2013). *Handbook of research on the education of young children* (3rd ed.). Routledge.

Vygotsky, L.. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Grijalbo.

Zabalza, M. (2016). *Didáctica de la educación infantil*. Narcea.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No Comercial 4.0 Internacional. Copyright © Jennifer Lisseth Fuentes Medina y Alexandra Jacinta Cerezo Coronel.

